

Oración para dar una ofrenda

1 Crónicas 29:10-20

Por Julio César Benítez

juliobenitez@caractercristiano.org

Y se alegró el pueblo por haber contribuido voluntariamente; porque de todo corazón ofrecieron a Jehová voluntariamente. Asimismo se alegró mucho el rey David, y bendijo a Jehová delante de toda la congregación; y dijo David: Bendito seas tú, oh Jehová, Dios de Israel nuestro padre, desde el siglo y hasta el siglo.

Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino,^(B) y tú eres excelso sobre todos. Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano el hacer grande y el dar poder a todos. Ahora pues, Dios nuestro, nosotros alabamos y loamos tu glorioso nombre.

Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos. Porque nosotros, extranjeros y advenedizos somos delante de ti, como todos nuestros padres; y nuestros días sobre la tierra, cual sombra que no dura. Oh Jehová Dios nuestro, toda esta abundancia que hemos preparado para edificar casa a tu santo nombre, de tu mano es, y todo es tuyo.

Yo sé, Dios mío, que tú escudriñas los corazones, y que la rectitud te agrada; por eso yo con rectitud de mi corazón voluntariamente te he ofrecido todo esto, y ahora he visto con alegría que tu pueblo, reunido aquí ahora, ha dado para ti espontáneamente. Jehová, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel nuestros padres, conserva perpetuamente esta voluntad del corazón de tu pueblo, y encamina su corazón a ti.

Asimismo da a mi hijo Salomón corazón perfecto, para que guarde tus mandamientos, tus testimonios y tus estatutos, y para que haga todas las cosas, y te edifique la casa para la cual yo he hecho preparativos. Después dijo David a toda la congregación: Bendecid ahora a Jehová vuestro Dios. Entonces toda la congregación bendijo a Jehová Dios de sus padres, e inclinándose adoraron delante de Jehová y del rey.

Introducción

El rey David se encuentra en el crepúsculo de su vida, y pronto deberá transitar por las sombras del valle de la muerte, donde su buen pastor le guiará hacia las moradas eternas.

Antes de partir quiere dejar su reino bien establecido, y para ello convoca a la asamblea de Israel y da instrucciones respecto al reconocimiento de su hijo Salomón como el hombre que tomará las riendas políticas del pueblo del Señor. (Cap. 28).

Pero David tiene una preocupación mayor que su propio reino, hay algo que le apasiona por encima de todo esto, y esa pasión es Dios. Él quiso hacer una casa que fuera símbolo de la morada del Señor, una casa donde el pueblo pueda orar y conocer a Dios.

Así que en medio de su vejez y el natural cansancio del peso que representan los años y los achaques que le acompañan, él toma tiempo para dejar organizada la construcción de la casa del Señor. No puede morir tranquilo sin que este proyecto quede, al menos, con los recursos necesarios para su construcción.

Ya en el versículo 11 del capítulo 28, David ha dado instrucciones a su hijo Salomón y le ha encomendado asumir con la misma pasión la construcción del templo. David no quiso descuidar ningún detalle y le entregó al heredero del trono los planos del pórtico y del resto de templo.

Este es un ejemplo de un padre responsable, de un padre interesado en dejar la mejor herencia para sus hijos, él le dice en el versículo 9: *“Y tú, Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de tu padre, y sírvele con corazón perfecto, y con ánimo voluntario; porque Jehová escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos, si tú le buscases, lo hallarás; más si lo dejas, él te desechará para siempre”*

Ahora, en el capítulo 29 David se asegura de dejar todos los recursos necesarios para construir el templo.

Él mismo da ejemplo al pueblo del amor a Dios y a su casa, dando abundantemente de sus recursos para la construcción del templo. David no es del tipo de pastor o líder que invita a la congregación a dar generosamente, mientras él mismo no da un solo peso.

Él dice a la asamblea que ha dispuesto muchos recursos de sus bienes personales: tres mil talentos de oro, siete mil talentos de plata. De lo más fino que se podía tener en ese lugar. (v. 4) Esto lo pudo hacer, él pudo dar tanto de sus bienes personales porque *tengo mi afecto en la casa de mi Dios.* (v. 3)

Luego de dar él mismo el ejemplo, dando abundantemente, invita al resto de líderes, al resto del pueblo, para que se unan a la causa de hacer casa para el Señor. (v. 5). Es importante ver que la manera cómo se piden donativos para la Iglesia en las Sagradas Escrituras, es muy distinto a cómo se suele hacer hoy.

David no reta a la gente a dar para que Dios les de mas, no les dice que den un gramo de oro para recibir 100 gramos de oro, o que vendan una casa para que reciben 10 casas. No. Él da el ejemplo y luego invita de una manera sencilla al resto y les dice: “¿Y quién quiere hacer hoy ofrenda voluntaria a Jehová? V. 5

La ofrenda que se pide es voluntaria. No es una ofrenda obligatoria, no se manipula a la gente para que den porque el predicador les promete grandes cosechas. Hay muchas formas de dar que tenemos hoy, las cuales no son voluntarias, sino manipuladas.

La respuesta del pueblo fue de mucha generosidad. *Y dieron para el servicio de la casa de Dios cinco mil talentos y diez mil dracmas de oro, diez mil talentos de plata, dieciocho mil talentos de bronce, y cinco mil talentos de hierro. V.7*

El resultado de este dar voluntariamente para la construcción de la casa del Señor fue un corazón gozoso: “y se alegró el pueblo por haber contribuido voluntariamente; porque de todo corazón ofrecieron a Jehová voluntariamente” v. 9

Es por eso que el apóstol Pablo manda a la iglesia que dé con alegría “Cada uno dé como propuso en su corazón; no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre”. 2 Cor. 9:7

Cuando damos con alegría nuestro corazón rebosará de contento.

Es en medio de esta alegría que el rey David, tan sensible como siempre fue a lo espiritual, se alegra y bendijo al Señor, elevando la oración que estudiaremos en esta oportunidad.

Vamos a estructurar el pasaje de la siguiente manera:

1. Reconocimiento del Dios al que ofrendan. V. 11
2. Soberanía del Dios al que ofrendan. V. 11-12
3. Humildad e indignidad del pueblo ofrendante. V. 14-16
4. Actitud espiritual del pueblo ofrendante. V. 17, 19

1. Reconocimiento del Dios al que ofrendan. V. 11

David reconoce al Dios que están ofrendando. No es cualquier dios. Es el Dios del pacto. Esto queda confirmado con el nombre *Dios de Israel nuestro padre*. Él es el que hizo el pacto con Abraham, ratificado con Isaac y luego reconfirmado a Jacob, quien, en esa larga noche de oración recibe el nombre de Israel, es decir, el que ha luchado con Dios y ha vencido. Gén. 32:28. Este es el Dios eterno, el Dios que hizo un pacto intra-trinitario de gracia, en el cual el Hijo se compromete a dar su vida para salvar a un pueblo para sí.

2. Soberanía del Dios al que ofrendan. V. 11-12

El Dios al cual rinden esta generosa ofrenda no es un dios pequeño que está suplicando donaciones de sus seguidores, sino el soberano del mundo. Cuando ofrendamos al Señor, primero debemos ser conscientes de su majestad, de su grandeza. Ese hecho exige solemnidad, respeto, cuidado al ofrendar. Si el presidente de la nación nos invitara a su fiesta de cumpleaños, no nos atreveríamos a llegar a la fiesta sin un presente, pero tampoco le regalaríamos algo insignificante, de seguro que escogeríamos algo muy bueno, pero tampoco lo presentaríamos de una manera descuidada, sino que lo empacaríamos de manera que quede bien presentado.

La calidad de la ofrenda que el pueblo presenta al Señor dependerá de cuál es su teología, es decir, de cómo ven ellos a Dios. David y el pueblo dan una ofrenda generosa y voluntaria con solemnidad, porque ellos tienen una buena teología, ellos saben quién es el Dios del pacto, el Dios de Israel.

De él es la magnificencia, el poder, la gloria, la victoria y el honor.

3. Humildad e indignidad del pueblo ofrendante. V. 14-16

Aunque la ofrenda ha sido generosa, este pueblo sabe que el Dios al cual se la rinden, es dueño de todo, no necesita nada, y no recibe nada de los hombres porque no lo requiere. La adoración que damos a Dios no le aumenta su gloria, la falta de adoración a él no se la disminuye.

¿Quién soy yo, y quien es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? V. 14

Esta es una confesión humilde. Dios no nos debe ningún reconocimiento por las ofrendas que le demos, por la adoración que le rindamos, por el servicio que le

ofrezcamos. Eso se lo debemos dar simplemente porque todo *lo recibimos de su mano*. V. 14

La ofrenda, sea de la clase que sea, que se rinde ante el Dios soberano procede de las manos de hombres que andan errantes en este mundo, que no tienen derecho real y duradero de propiedad, son como *extranjeros y adevenedizos*, y en esa dispersión, como le llama Pedro, su gracia nos bendecido dándonos lo que necesitamos, para que con corazón humilde honremos la causa del reino de los cielos y ayudemos a los más necesitados.

4. Actitud espiritual del pueblo ofrendante. V. 17, 19

El Dios que recibe la ofrenda, prefiere los corazones rectos, piadosos y contritos que la multitud de ofrendas. En el Antiguo Testamento el Señor siempre está exhortando a su pueblo para que no le lleven vana ofrenda, pues, si su corazón no es recto y no andan en sus estatutos, el no ve con agrado los sacrificios que el hombre haga.

Tú escudriñas los corazones, y que la rectitud te agrada. V. 17

El Señor Jesús también exhorta al pueblo del Señor en el nuevo testamento diciendo *“Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda*. Mateo 5:23-24

Aplicaciones:

- Nunca olvidemos las actitudes bíblicas para ofrendar al Señor, ya sea dinero, bienes, adoración o servicio: Reconocer quién es él, tener presente su soberanía y majestad de manera que demos lo mejor de nosotros, acordarnos que él no necesita nada de nosotros y que todo lo que podamos darle, dinero, bienes, trabajo, adoración, todo eso proviene de su mano, nada es nuestro. Todo es de él.
- Cuando ofrendemos al Señor, orar como David, reconociendo que la generosidad o voluntariedad para dar no es obra nuestra, sino del Espíritu, quien produce en nosotros el querer como el hacer por su buena voluntad. Fil. 2:13
- Que toda ofrenda o dádiva presentada ante el Señor sea acompañada de un acto solemne de adoración, pues, la ofrenda misma, si procede de un corazón

recto, redimido por Cristo y santificado por el Espíritu Santo, es un acto de adoración al Señor. Por eso es importante la solemnidad en medio del culto congregacional, pues, todo él es una ofrenda que el pueblo rinde ante su Dios. Solemnidad cuando cantamos, porque nos dirigimos al Dios Soberano, solemnidad cuando leemos la Biblia, porque es la Palabra del Dios que hizo todas las cosas, solemnidad cuando oramos, porque él es el que vive por los siglos de los siglos, solemnidad cuando damos la ofrenda material, porque él escudriña los corazones.